



I

Sic te diva potens Cypri

ODE III. LIB. I.

¡Nave, que á los confines de la Acaya  
De la nativa playa  
Conduces á Virgilio, así la diosa  
Ciprina y los hermanos  
De Helena, soberanos  
Astros, te alumbren con su luz radiosa!

¡Quiera Eolo padre de los vientos  
A los austros violentos  
Encadenar, y deje el ponto en calma!  
É impulsándote, nave,  
Sólo el céfiro suave,  
Llaves sin riesgo á la mitad de mi alma.



Valiente fué, y el pecho acorazado  
De peto triplicado  
Tuvo el primero que dejó la orilla,  
Y con el ponto rudo  
Porfó sin otro escudo  
Que el remo frágil y la comba quilla.

Él no temió del húmido Africano  
Y de Aquilón insano  
La lucha, ni el fulgor de las Híadas,  
Ni el hórrido alboroto  
Que mueve crudo el Noto  
Al bregar con las olas encrespadas.

¿Qué linaje de muerte arredraría  
A quien firme veía  
Nadar á su redor pulpo y ballena,  
Y el mar entumecido,  
Y su esquife perdido  
En promontorios de mordente arena?

La tierra firme, seca y providente,  
Sabio Dios y prudente  
Del mar que al mundo corta aparta en vano,  
Si las naves impías,  
Dejadas las bahías,  
Se atreven á surcar el océano.

El humano linaje presumido,  
Que á todo se ha atrevido,  
Entra sin freno en la maldad vedada.  
Con fraude Prometeo  
Nos trajo por trofeo  
El fuego hurtado á la eternal morada.

Desde ese robo en lágrimas fecundo  
Incuban sobre el mundo  
La palidez y un género no escaso  
De fiebres; y tirana  
La muerte antes lejana  
Hoy nos persigue con ligero paso.

Dédalo intenta en ciego desvarío  
Verberar el vacío  
Con alas para el hombre desiguales;  
Y del báratro fiero  
Alcides al Cerbero  
Liberta. ¡Nada hay arduo á los mortales!

Con sin par estulticia al mismo cielo  
Llevamos torpe el vuelo  
Tentando transponernos á otros mundos;  
Y el crimen no consiente  
A Jove omnipotente  
Que deponga sus rayos iracundos.



## II

Solvitur acris hyems grata vice Veris et Favoni

ODE IV. LIB. I.

Depone su rigor el agrío Invierno  
Al vislumbrar el tierno  
Semblante de la fértil Primavera;  
Colúmpianse los suaves  
Céfiros tibios, y de enjutas naves  
Las máquinas despejan la ribera.

Del aprisco seguro y abrigado  
No gusta ya el ganado,  
Ni del hogar el labrador robusto;  
Ni se alza la espesura  
Llevando veste de sin par blancura  
De nieve y hielos, con aspecto adusto.

Ya las danzas preside Citerea  
Cuando muda vaguea  
Llena la luna por el ancho cielo;  
Y las Ninfas y Gracias  
En grupos coronándose de acacias  
Con alternado pie hieren el suelo.

Y mientras, con los cíclopes Vulcano  
El monte siciliano  
Hace tremer flamígero y ardiente;  
Y las armas letales  
Caldea de los héroes inmortales  
Y los rayos de Jove omnipotente.

Conviene ahora, la cabeza ungida  
Con esencias, ceñida  
Llevar en lauros de inmortal verdura  
Y en nacaradas flores  
Que desparciendo bálsamo y olores  
A producir la tierra se apresura.

Conviene ahora, en la arboleda umbría  
Bajo la sombra fría  
Sacrificar á Fauno algún cabrito  
Con mano placentera;  
O, si mejor le place, una cordera  
La más lucia que pazca en el distrito.

Sestio dichoso, pálida la muerte  
Pulsa la torre fuerte  
Del rey soberbio con la misma planta  
Con que pulsa la choza  
Donde el pobre sin término solloza  
Y que apenas del suelo se levanta.



Es deleznable el tiempo de la vida  
 Tanto, que no convida  
 A nutrir engañosas esperanzas.  
 Presto á la fosa obscura  
 Te arrastrarán tembloroso de pavora  
 Los manes con indignas asechanzas.

Y la plutonia casa sorprendido  
 Mirarás, y que ha sido  
 De dicha albergue ó manantial de horrores;  
 Donde una vez entrado,  
 No ha de tocarte en suerte por el dado  
 Tasar en el banquete los licores.

## III

Non ebur neque aureum  
ODE XVIII. LIB. II.

En mi casa no esplende  
 Marfil bruñido, ni de cedro y oro  
 El artesón trasciende;  
 Ni de Himeto sonoro  
 Labrada trabe préstale decoro.

Columnas oprimiendo  
 En el confín del África entalladas;  
 Y de Átalo no siendo  
 Pariente, sus moradas  
 Me apropio y sus riquezas acopiadas.

De mis pobres clientes  
 Las humildes y púdicas esposas,  
 Para mí, complacientes  
 No tejen y afanosas,  
 De Laconia las púrpuras preciosas.

Una benigna vena  
 De ingenio y gratitud en mí se halla;  
 A mí, pobre, sin pena  
 El rico la muralla  
 Por verme deja, y mi estro le avasalla.

No á los dioses fatigo  
 Pidiendo más; ni á importunar me inclina  
 Al generoso amigo  
 Avaricia mezquina;  
 Soy feliz con mis campos de Sabina.



El día es empujado  
 Por otro día; aménguase y convierte  
 La luna; y olvidado  
 De la cercana muerte,  
 Mármoles labras de cantera inerte.

Del sepulcro te olvidas  
 Por alzar un palacio; y no contento  
 Con las tierras asidas  
 Que tienen firme asiento,  
 Sobre la mar fabricas avariento;

Sobre la mar que fiera  
 A Bayas lame con tremendo ruido;  
 Y en desviar la ribera  
 De donde siempre ha sido,  
 Te esfuerzas arrogante y presumido.

¿Qué mucho que acrecientes  
 Tus labores, si borras con esmero  
 De tus tristes clientes  
 El vecino lindero  
 Por allegarte un surco, pendenciero?

La mujer y el amado  
 Esposo dejan el caliente nido,  
 Y al hijo desaseado  
 Del seno mal prendido  
 Transponen, y al penate ennegrecido.

Para el amo avariento  
 Y acaudalado, en la infeliz morada  
 Del Orco turbulento  
 Y rapaz, separada  
 No hay aula que le aguarde y reservada.

¿A dónde vas? ¿á dónde?  
 Igual la tierra, en la mansión temida  
 Al miserable esconde,  
 Y para allí convida  
 De reyes á la prole envanecida.

Satélite severo  
 Del Orco, á Prometeo malogrado,  
 El infernal barquero  
 Con oro cohechado,  
 No quiso reducir á aqueste lado.



A Tántalo orgulloso  
 Éste aprisiona; y vengador reprime  
 Al linaje famoso  
 De Tántalo sublime  
 Y que padece sin descanso y gime.

Y alguien ora le implore,  
 Ora en secreto sometido al hado  
 Alguien sin tasa llore,  
 Se da por invitado  
 Para aliviar al pobre desgraciado.

## IV

Laudabunt alii claram Rhoden aut Mitylenem

ODE VII, LIB. I

Alaben unos á la noble Rodas,  
 Clarísima entre todas,  
 Á Éfeso, Mitilene, ó las erguidas  
 Murallas singulares  
 De Corinto, bañadas por dos mares  
 Y de su espuma cándida nacidas;

O á Tebas fértil cuyo suelo honroso  
 A Baco generoso  
 Miró nacer; ó á Delfos que descuella  
 Al Parnaso vecina  
 Donde Apolo facundo vaticina,  
 O el valle Tempe de Tesalia bella.

Otros procuren en extensos cantos  
 Celebrar los encantos  
 De la ciudad de Palas; y en oliva  
 Vencedora y luciente  
 Prefieran coronar la docta frente  
 Antes que en mirto, lauro ó siempreviva.

Y muchos entre todos de consuno,  
 Por agradar á Juno  
 De Argos altiva ensalcen á porfía  
 Los floridos verjeles;  
 Y sus nobles é indómitos corceles,  
 Y el lujo de Micenas y valía.

Que á mí, no tanto la sufrida Esparta  
 Me embebece y coarta,  
 O los fértiles campos de Larisa,  
 Como aquella caverna  
 Donde fluye la Albúnea sempiterna  
 Y entre guijas saltando va de prisa;



Y de Tívoli, el Anio arrebatado  
 Y el bosque dilatado  
 De Tiburno, y los valles y los huertos  
 Gratos y humedecidos  
 Por aquellos arroyos bendecidos  
 Que allí se miran discurrir inciertos.

A la manera que divide el Noto  
 Por el cielo remoto  
 Los nubarrones cárdenos en briznas,  
 Y luego las aleja  
 Y el firmamento, alígero, despeja  
 Sin producir vapores y lloviznas,

Así tú, Planco, ataja, ataja el vuelo  
 Al amargoso duelo;  
 Y acota los trabajos de la vida,  
 Como discreto y sabio,  
 A menudo posando el seco labio  
 En grande taza de licor henchida;

Ora te veas pálido y sediento  
 Allá en el campamento  
 Las insignias velando relucientes,  
 Ora en la verde alfombra  
 De tu Tívoli mores á la sombra  
 Cabe aquellas limpísimas corrientes.

Huyendo de su padre y Salamina  
 Su amargura domina  
 El Teucro, y de los álamos erguidos  
 Con hojas coronaba  
 La sien humedecida; y así hablaba  
 A sus conmlitones afligidos:

“Amables camaradas, compañeros  
 «De mis tormentos fieros,  
 «Do quiera que nos lleve la ventura,  
 «Menos cruda y huraña  
 «Que mi padre, si Teucro os acompaña  
 «No despereis; es Teucro quien augura.

«Sabed que Apolo, nunca fementido,  
 «Constante ha prometido,  
 «Que muy presto en incógnita ribera  
 «La nueva Salamina  
 «Fundaremos, tan bélica y divina  
 «Que alcance á competir con la primera.

«Varones esforzados, que conmigo  
 «Sufrís del enemigo  
 «Hado el furor, ingentes los pesares  
 «Despedid animosos  
 «Y antes libad los vinos deliciosos:  
 «Mañana tornaremos á los mares,»



## V

Vides, ut alta stet nive candidum

ODE IX. LIB. I.

¿Ves levantarse á la cerúlea esfera  
Cual si de nieve fuera  
El cándido Soracte, y que agobiados  
Esos bosques sombríos  
No soportan la carga, y que los ríos  
Se paran por el hielo aprisionados?

Atizando el fogón con seca leña,  
Oh Taliarco, domeña  
El crudo frío; y saca de contino  
De la ánfora sabina  
De dobles asas al hogar vecina,  
El de cuatro años confortante vino.

Y al buen Dios lo demás deja prudente  
Que humilló juntamente  
Los vientos de la mar en la llanura  
Donde movían guerra;  
Ya no en vaivén inclínanse á la tierra  
El quejigo y ciprés de cima obscura.

Huye inquirir con arrogancia vana  
Lo que venga mañana;  
Y aquellos días que te da veloces  
La suerte, cuenta experto,  
Joven amigo, como lucro cierto;  
No el baile esquives, ni de amor los goces,

Mientras distante, cana y temerosa  
La vejez fastidiosa  
Esté de tu verdor; busca de Marte  
El campo y las contiendas;  
Y frecuenta la plaza, y no pretendas  
De las nocturnas pláticas privarte.

## VI

Tu ne quaesieris (scire nefas) quem mihi quem tibi

ODE XI. LIB. I.

No intentes, oh Leucónoe, presumido  
Saber (que no es debido  
Satisfacer tan criminal deseo)  
Qué término conceden  
A tí y á mí los dioses, que lo pueden,  
Ni computar el número caldeo.



¡Cuánto es mejor sufrir lo que viniere!  
 Ora Jove nos diere  
 Muchos inviernos, ora el postrimero  
 Tal vez aqueste sea  
 Que el mar tirreno con furor golpea  
 De cava peña en el escollo fiero.

Sé sabio, y cuela, cuela el dulce vino;  
 Y en tiempo tan mezquino  
 Tus esperanzas corta. Presuroso  
 El tiempo se desvía  
 Mientras hablamos. Goza de este día:  
 Que gozar del siguiente es muy dudoso.

## VII

Pastor cum traheret per freta navibus

ODE XV. LIB. I.

En ideas naves el Pastor perjuro  
 Por mar estrecho obscuro  
 A Helena conduciendo, á los alados  
 Vientos dejó Nereo  
 En inercia, contraria á su deseo,  
 Por anunciarle sus terribles hados.

Con mal agüero, con fortuna escasa  
 Conduces á tu casa  
 Esa mujer, que ejército no exiguo  
 Buscará conjurado  
 Tus bodas por romper, de Grecia enviado,  
 Y por destruir de Priamo el reino antiguo.

¡Ay! ¡cuánto sudan los caballos! cuánto!  
 De fatiga y espanto  
 Sudan los caballeros! ¡Daño crudo  
 A la troyana gente  
 Has causado! Ya Palas el luciente  
 Carro prepara, el yelmo y el escudo.

Y del favor de Venus lisonjera,  
 La rubia cabellera  
 En vano peinarás, haciendo alarde;  
 Y, dado á los placeres,  
 Versos dirás, en vano, á las mujeres  
 Arpegiando en tu cítara cobarde.

Y en vano, sin vislumbre de esperanza,  
 Evitarás la lanza  
 A tu tálamo hostil, y las saetas  
 Del cretense flechero,  
 Y al crudo Ajax que te persigue fiero,  
 Y el hórrido clangor de las trompetas.



Tarde ¡ay dolor! y sin curarte de ello  
 Llevarás el cabello  
 Adúltero, de polvo vil manchado.  
 ¿De Laertes al hijo  
 No ves, que de tu patria es mal prolijo,  
 Ni al rey de Piles, Néstor esforzado?

Bravos te acosan Teucro el salamino  
 Y Stenelo, divino  
 De la guerra en el arte, y que animoso  
 Si rige los caballos  
 A fuer de auriga, sabe gobernallos;  
 Y aun á Merión conocerás famoso.

Y mira que de hallarte en el deseo  
 Se quema de Tideo  
 El hijo, que su padre más valiente;  
 A quien tú, como el ciervo  
 Que las gramas olvida si al protervo  
 Lobo en el valle encuentra de repente,

Evitarás medroso y anhelante,  
 Otra cosa á tu amante  
 Habiendo prometido. Aquella armada  
 De Aquiles iracunda,  
 De la frigia matrona pudibunda  
 Y de Troya mil veces desdichada,

Alargaré los días. Mas no eternos  
 Serán, que nueve inviernos  
 Apenas le concede su destino.  
 Y después. . . . de la Acaya  
 El fuego ha de trocar en muda playa  
 El campo donde se alza Ilión divino.

## VIII

Septimi, Gades aditure mecum et  
ODE VI. LIB. II.

Caro Septimio, que á la occídua Cádiz  
 Conmigo irías y á Cantabria indócil  
 Que nuestro yugo de la libre frente  
 Brava sacude;

Que á las temidas y remotas sirtes  
 De Berbería en la africana orilla  
 Conmigo irías donde eternas hierven  
 Líbicas ondas;

Tíbur fundado por colono griego  
 ¡Ojalá sea mi postrer asilo,  
 Y de mis ansias, viajes y milicia  
 Término sea!



Donde si acaso las inicuas Parcas  
Morar me vedan, al Galeo río  
Iré delicia de la grey que envuelven  
Pielas segundas;

É iré á las selvas y feraz campiña  
Donde reinaban en edad remota  
Los laconios, su gentil caudillo  
Siendo Falanto.

Rincón ninguno de la tierra vasta  
Me ríe tanto, dó la miel no cede  
A la de Himeto; dó venció á Venafro  
Pingüe la oliva;

Donde Favonio primaveras largas  
E inviernos tibios generoso ofrece;  
De Baco amigo, donde Aulón, no envidia  
Uvas falernas.

Aquel alcázar y lugar dichoso  
A entrambos llaman; con debido llanto  
Dó la favila de tu amigo el vate  
Cálida riegues.

## IX

Diffugere nives, redeunt iam gramina campis  
ODE VII. LIB. IV.

Aléjase la nieve:  
Torna al campo feraz la hierba amante;  
Los árboles en breve  
La cabellera undante  
Sueltan, y el mundo cambia de semblante;

Y, menguadas sus linfas,  
Se encauza el río; de una y otra hermana,  
La Gracia, y de las Ninfas  
En consorcio, liviana  
Los coros guía y en danzar se atana.

No esperes en la vida  
Cosa inmortal; lo advierte el año instable  
Pasando de corrida;  
Y la hora variable  
Que el día te arrebatara más amable.



Suavízanse los fríos  
 Con Favonio; á la dulce Primavera  
 Persiguen los Estíos;  
 Y á éstos, su cabellera  
 Sacudiendo el Otoño lisonjera;

Y el perezoso Invierno  
 Viene después. Las lunas en su vago  
 Lucir y cambio eterno,  
 El lamentable estrago  
 Reparar prontas con celeste halago.

Nosotros, si caímos  
 Do el pío Eneas, do Tulo el opulento  
 Y Anco, cual polvo huímos  
 Que va á merced del viento,  
 Y cual sombra que pasa en un momento.

¿Quién sabe, ó saber puede  
 Si el alto Dios, del tiempo de mañana  
 Una hora le concede,  
 Sobre la suma vana  
 De años que hoy pierde con torpeza insana?

Lo que dieres ahora  
 De tu caudal con ánimo piadoso,  
 Huirá la escrutadora  
 Mirada del gozoso  
 Heredero que acecha codicioso.

Y cuando hubieres muerto  
 Una vez sólo, y Minos la sentencia  
 Pronuncie, nunca al puerto,  
 El linaje y clemencia  
 Te volverán, Torcuato, ó la elocuencia.

Con dolor de Diana  
 A Hipólito retiene cual trofeo  
 La inferna sombra vana;  
 Ni logra abrir Teseo  
 A Piritoo las puertas del Leteo.

## X

Rectiùs vives, Licini, neque altum  
ODE X. LIB. II.

Mejor, Licino, vivirás si el dorso  
 Del mar no oprimes, ni temiendo cauto  
 Procela ruda, la arriesgada orilla  
 Nimio frecuentes.



Seguro evita quien amó la dulce  
 Mediocre vida, del vetusto techo  
 El desaliño; y envidiado alcázar  
 Sobrio desdeña.

Más por el Noto se miró batido  
 El pino alzado; con mayor estruendo  
 Las torres ceden; y el excelso monte  
 Hieren los rayos.

En la desgracia la fortuna espera,  
 En la fortuna la desgracia teme  
 Juicioso el hombre. Al deformante Invierno  
 Jove reduce

Y él mismo aleja. Si hoy te oprime el duelo  
 No ha de ser siempre; ya, con blanda lira  
 Despierta Apolo á la callada Musa,  
 Tiende, ya, el arco.

En los pesares animoso y fuerte  
 Mostrarte debes; y tú mismo, sabio  
 La vela acorta, si te soplan suaves  
 Vientos dichosos.

## XI

Eheu, fugaces, Póstume, Póstume,  
ODE XIV. LIB. II.

Oh Póstumo, los años  
 Resbalan fugitivos ¡trance fuerte!  
 De la vejez ¡ay Póstumo! los daños  
 No amengua tu piedad, ni los amaños  
 De la indomable muerte.

No, y aunque cada día,  
 Trescientos bueyes, trémulo de espanto,  
 Degüelles en su altar con mano pía,  
 No te hurtarás, amigo, á la porfía  
 De Plutón, ni por llanto;

De Plutón que al triforme  
 Audaz Gerión y á Ticio malhadado  
 Reprime en pena de su culpa enorme  
 Dentro la onda horrisona y disforme  
 Del Aqueronte helado,



Que de cruzar tenemos  
 Cuantos á costa de ímprobos labores  
 A la boca ¡oh dolor! el pan llevemos;  
 Seamos reyes y á otros dominemos,  
 Seamos labradores.

Al rudo Marte en vano  
 Evitaremos, y del Adria ronco  
 La ola crespá; en el Otoño insano  
 Sin fruto esquivaremos del tirano  
 Austro el silbido bronco.

Hemos de ver, no hay duda,  
 Del lánguido Cocito la corriente  
 Errante y negra, y á la prole cruda  
 Del fiero Dánao, y la tarea ruda  
 De Sísifo doliente.

La casa y á tu esposa  
 Dejarás tan querida, el campo y mieses;  
 No, la que siembras arboleda umbrosa,  
 Breve señor, te seguirá á la fosa  
 Excepto los cipreses.

Tu heredero más justo  
 Libará los licores que almacenas  
 Bajo cien llaves, el palacio augusto  
 Con un vino regando más robusto  
 Que el de las salias cenas.

## XII

Exegi monumentum aere perenniu

ODE XXX. LIB. III.

Acabé un monumento  
 Más perenne que el bronce, y más alzado  
 Que las regias pirámides; ni el viento,  
 Ni mordaz lluvia excavarán su asiento,  
 Ni el curso arrasador del tiempo alado.

¡No moriré del todo!  
 Del funéreo ataúd la parte noble  
 De mi sér huye por extraño modo;  
 Y he de ver alargarse el período  
 De mi vida, ceñido en lauro y roble.



Seré mientras airosa  
 Cobije al mundo del romano solio  
 La bandera temida y gloriosa,  
 Y mientras con la virgen silenciosa  
 El Pontífice ascienda al Capitolio.

Me veré ennoblecido  
 Donde resbala tímido el Ofanto  
 Con temeroso y asordante ruido,  
 Y donde riega el Dáuño empobrecido  
 Agrestes pueblos sin verdor ni encanto,

Por haber el primero,  
 Aunque de humilde y mísero linaje,  
 Vertido fiel con amoroso esmero  
 Los versos eolios al latín austero  
 Dándoles rico y áulico ropaje.

Melpómene, tu gloria  
 Por mis afanes, gózate, hoy empieza;  
 Viva conserve el mundo tu memoria;  
 Y ciñe en prenda de ínclita victoria  
 Con el délfico lauro mi cabeza.

## XIII

¡Beatus ille qui procul negotiis

EPODON. ODE II.

¡Mil veces fortunado  
 Quien de negocios y de lucro ajeno,  
 Como el hombre en su estado  
 Primitivo, un terreno  
 Con bueyes propios enriquece ameno!

Que no el clangor le asusta  
 De bélica trompeta, ni el bramido  
 Del mar y saña injusta;  
 Y el foro desabrido  
 Evita y al magnate presumido.

Él de purpúrea viña  
 Con el olmo los pámpanos dorados  
 Solícito encariña,  
 O en valles apartados  
 De vacas apacienta sus ganados.



Ya empuña la guadaña  
 Y en vez de rama inútil otra injerta;  
 Ya los cántaros baña  
 De mieles, y liberta  
 Esquilando al primal, de muerte cierta.

Y cuando Otoño asoma  
 La cabeza en los campos decorada  
 De frutos y áurea poma,  
 ¡Cuál goza la pesada  
 Pera al cortar y la uva nacarada!

Por tenerte propicio  
 A tí, Priapo, con piadosa mano  
 Las lleva en sacrificio,  
 Y á tí, padre Silvano,  
 De límites tutor y soberano.

Ya al pie de añosa encina  
 Gusta yacer, ya encima de la grama  
 Tenaz; y cristalina  
 La fuente se derrama,  
 Y Eco del ave el sollozar reclama.

Y murmura el riachuelo  
 Al resbalar, de espuma salpicando  
 Sus márgenes, y el cielo  
 De paso retratando;  
 Y á sueño el ruido le convida blando.

Y al bramar en los cerros  
 Sañudo el Bóreas hacinando nieves,  
 Ya encierra de sus perros  
 Seguido, á los alevos  
 Fieros jabatos en las mallas leves;

Ya prende en los bohordos  
 De aguda enea, redes y aprisiona  
 A los golosos tordos  
 Y á liebre corretona  
 Y á grulla vaga que su afán corona.

¿Quién, viviendo esta vida,  
 Los infortunios del amor prolijo  
 Y ansiedades no olvida?  
 Más, si los ojos fijos  
 Tiene la esposa en el hogar é hijos,



En la guerra troyana?  
 ¿Y de Tideo al hijo ponderado,  
 De fuerza sobrehumana,  
 Y que al cielo estrellado  
 Se levanta por Palas ayudado?

## XV

Lydia, dic, per omnes

ODE VII, LIB. I

Oh Lidia, yo te ruego  
 Y por todos los dioses te lo pido,  
 Que me digas: por qué con ese apego  
 A Sibari aturdido  
 Te esfuerzas en perder, y le has perdido?

¿Por qué aborrece, dime,  
 De Marte el campo y teme los rigores  
 Del sol que enrojecido nos oprime  
 En el mes de las flores,  
 Y del árido polvo los ardores?

¿Por qué con sus iguales  
 No quiere cabalgar cual buen soldado,  
 Ni sujetar con ásperos ronzales  
 De Galia al potro alado  
 Para ajustarle el rígido bocado?

¿Por qué teme las ondas  
 Del flavo Tíber? ¿y por qué abomina  
 Pingüe el licor de las olivas blondas,  
 Y al mirarle declina  
 Como si fuera sangre viperina?

¿Y por que los molledos  
 Por las armas no lleva amoratados  
 En el disco, famoso, allá en los ruedos,  
 Y en los dardos lanzados  
 Más lejos de los límites marcados?

¿Por qué, por qué se oculta  
 Cual se escondía el hijo de la diosa  
 Tetis marina, y que á su sexo insulta  
 Al llevar veste airosa  
 De tierna virgen, púdica y medrosa?